

VIRILIDAD

¿CONOCEMOS EL COSTO DE SER HOMBRE?



✍ *Dra. Patricia Arés*

En el anterior artículo, entre otras reflexiones, abordé, además, el problema de lo asignado, el costo que ha implicado e implica para los hombres el asumir y el negar lo asignado. En esta segunda parte trataré otras facetas del tema.

La llamada crisis de identidad

Tiene que ver con el desconcierto masculino ante los cambios de la mujer y

su reclamo de cambio para el hombre sin tener referentes alternativos que permitan seguir una pauta más funcional a las demandas de la realidad actual.

Los hombres de las generaciones de hoy, en una gran mayoría (y en Cuba este proceso se da con mucha fuerza por lo acelerado de las transformaciones sociales y posición de la mujer) están padeciendo una crisis vital. Hay un rompimiento con la adhesión y defensa incondicional de los estereotipos sexistas, y manifiestan un

malestar específico o cuestionamiento propio en relación con la tarea de ser varón.

El hombre que se declara no machista sabe lo que no quiere hacer en relación a la mujer y a sí mismo, pero aún no tiene claro lo que puede hacer para ser diferente.

Veamos algunos intentos de cambio y sus costos psicológicos:

— CAMBIAR A PARTIR DEL RECLAMO DE LA MUJER, ES DECIR, A IMAGEN Y SEMEJANZA DE LA MISMA Y A SOLICITUD DEL CAMBIO QUE ELLAS QUIEREN QUE SE DÉ EN LOS HOMBRES.

Este cambio, que es el más frecuente (incluso dentro de las generaciones jóvenes de hombres cubanos), ubica al hombre en una cierta disponibilidad emocional y funcional de la mujer, lo cual también produce desazón por la parte del sometimiento al otro y pérdida de fuerza y control que ello implica para el hombre.

En el intento de producir una ruptura con el estereotipo, el hombre trata de insertarse en el ámbito doméstico (específicamente en tareas asumidas históricamente por la mujer) pero en una relación de subordinación y desproporción.

La mujer, al mismo tiempo que reclama ayuda del hombre, constituye un fuerte elemento expropiador de los hijos y del control y decisión del ámbito doméstico.

El hombre se siente atrapado en una situación que le descoloca su identidad. Aparecen los denominados hombres «recatados» de la mujer o en México los llamados mandilones (que se asocia al término «delantal» en Cuba).

Es el hombre, cuya mujer no tiene de qué quejarse porque hace todo lo que ella le pide: ¡báñame al niño! (hazlo, pero el niño sigue siendo mío); ¡hazme los mandados! (hazlo, pero yo controlo el consumo).

Esta alternativa de cambio produjo grandes insatisfacciones en los hombres (algunos no quieren ser vistos por amigos y vecinos haciendo algo que, desde su visión y reclamo de la mujer, los deja sometidos y disminuidos).

— MUCHOS HOMBRES LUEGO DE ESTE INTENTO DE CAMBIO VUELVEN Y RETORNAN A SUS ANTIGUOS REFERENTES CON LOS QUE SE SIENTEN MÁS SEGUROS, A PESAR DE NO ESTAR TAN SATISFECHOS.

Esta crisis de identidad masculina ha estado fuertemente vinculada a la crisis de identidad femenina que produjo los cambios sociales en la mujer.

Pensó que su cambio iba por vivir los llamados supuestos privilegios masculinos (deber, ser infiel, dirigir en el ámbito público).

Esta crisis de identidad femenina gestó en algunos sectores femeninos también mujeres virilizadas, castrantes, reivindicadoras, que expresan un resentimiento abierto y profundo al hombre, lo cual tiene su máxima expresión en el lesbianismo feminista, cuyo mecanismo psicológico de base es el odio a lo que es envidiado.

Los hombres y las mujeres por supuesto tienen algo que aprender unos de los otros, pero la historia tendrá, creativamente, que ir pautando referentes nuevas de cambio, a partir de redimensionar el rol desde el hombre o la mujer misma y no desde el otro.

El estereotipo sexual cultural constituye un violador por excelencia del desarrollo de la personalidad.

Los psicólogos pueden hacer mucho desde la prevención en promover nuevas reconceptualizaciones del rol hombre (o mujer), partiendo del presupuesto de que, si el rol es un constructor social puede ser reconstruido desde asignaciones menos opresivas y más funcionales a las demandas sociales y al desarrollo pleno del bienestar humano.

¿Hacia donde va el hombre de fin de siglo?

En este final de siglo el progreso considerable de la biología y de la genética cuestionan radicalmente ciertos elementos hace veinte años indiscutibles: los papeles, las funciones y la especificidad de cada sexo.

La definición de los géneros y sus funciones respectivas no cambió prácticamente en Occidente entre principios del siglo XIX y la década de los 60.

El etnocentrismo^{(8) (9)} imperó a través de fuertes procesos trasmisores de la cultura como son la naturaleza o leyes

Los roles sexuales estaban hasta entonces definidos por el «lugar» que correspondía a cada cual.

El mundo exterior, es decir el taller, la fábrica, la empresa, era un ámbito masculino por excelencia.

Esta división sexual del mundo (el mundo público y privado) engendraba una dicotomía estricta en las actitudes que definía la identidad de uno y otra.

La mujer encerrada en su casa mantenía, cuidaba y conservaba sin necesidad de audacia, ambición, dureza o deseo de competencia.

En cambio el hombre en permanente competencia con sus iguales debía luchar diariamente por su subsistencia y de ese modo desarrollaba las características consideradas naturales de su sexo.

Hoy muchas mujeres fuera del hogar y sus motivaciones han evolucionado enormemente. Junto a las razones económicas tradicionales figuran otras como la ambición, la realización personal y el deseo de hacer una vida social que supere la hogareña.

El cambio de actitud de la mujer en relación con la maternidad, la pareja y la familia, ha modificado los estereotipos tradicionales relativos a la identidad femenina y masculina.

Los hombres dan muestras a su vez de virtudes antes exclusivamente femeninas: ternura, abnegación y amor por los niños.

Los psicólogos pueden hacer mucho desde la prevención en promover nuevas reconceptualizaciones del rol hombre (o mujer), partiendo del presupuesto de que, si el rol es un constructor social puede ser reconstruido desde asignaciones menos opresivas y más funcionales a las demandas sociales y al desarrollo pleno del bienestar humano

biológicas, la religión y unas costumbres consideradas milenarias. La mujer procreaba y se ocupaba de su hogar. El hombre emprendía la conquista del mundo y velaba por la subsistencia de los suyos: satisfaciendo sus necesidades en tiempos de paz y haciendo la guerra cuando ello se imponía.

Todo el orden del mundo reposaba así y toda interferencia o confusión de los respectivos papeles aparecía como una amenaza a ese orden milenario y como una desviación respecto a la naturaleza.

Se observan muchos padres jóvenes que se ocupan de su bebé reflejado en la adopción de gestos, preocupaciones, sentimientos que antes se consideraban naturalmente femeninos.

Así, en muy poco tiempo, las características de la paternidad y de la maternidad han comenzado a confundirse.

Si la madre ya no es la única en dispensar amor, tampoco el padre es ya la encarnación exclusiva de la autoridad, la ley y el mundo exterior.

Aunque la identidad masculina no ha suscitado tantos debates ni controversias como la de la mujer algunos científicos avisaron que en el próximo medio siglo van a ser los hombres el centro de la atención

Todas estas funciones las comparten ahora ambos sexos y las actitudes varían más en razón del temperamento y personalidad de cada cual que de las diferencias sexuales.

Hoy existen más condiciones sociales para que hombres y mujeres exterioricen la «cara oculta» de sí mismos que la educación de antaño reprimía.

Otro nuevo elemento viene a modificar un estereotipo milenario: el del macho guerrero, imagen que ha perdurado a lo largo de la historia. La amenaza de un conflicto nuclear y planetario anula en nuestra imaginación la especificidad guerrera del sexo masculino. Frente a tal conflicto hombres y mujeres son igualmente vulnerables.

La imagen de la bomba atómica acentúa aún más la idea de fatalidad y de pasividad.

Además de esta imagen apocalíptica, otras formas de la guerra moderna nos ha mostrado a mujeres e incluso niños empuñando armas, visión que no sorprende ya a nadie y que demuestra que la guerra no es cosa de hombres.

Aunque la identidad masculina no ha suscitado tantos debates ni controversias como la de la mujer algunos científicos avisaron que en el próximo medio siglo van a ser los hombres el centro de la atención.

La crisis de identidad se hace más severa en el hombre, pues su dificultad para asumir actitudes consideradas antes como femeninas y para exteriorizarlas sin complejos, proviene del sentimiento de que su virilidad está amenazada, dilema que no se le plantea igualmente al sexo femenino.

La problemática del rol de género para este próximo siglo y específicamente con el rol del hombre que es hoy el mayormente conflictuado a mi entender tiene que enfrentar los siguientes retos:

1. Superar la crisis de identidad masculina promoviendo alternativas de cambio, no a partir de estereotipos sexuales, sino de las propias potencialidades individuales y psicológicas de cada cual.

2. Que el hombre recupere creativamente acorde a sus características psicológicas lo que la cultura le expropió, no asumiendo un estereotipo o tipificación nueva, sino sobre la base de una libertad individual y no a base de normativas opresivas que permitan desplegar su sí mismo, incorporando un espectro de actitudes y comportamientos funcionales a las situaciones que viven independientemente que sean culturalmente femeninas o masculinas.

Está demostrado que el atenerse demasiado rígidamente a estereotipos culturales, restringe nuestra capacidad de hacer frente a ciertos aspectos importantes de la vida, lo que nos hace más vulnerables a crisis de diversa índole.

3. Se impone por tanto seguir de cerca la alternativa de cambio andrógina sin distorsionar su verdadera esencia y sin promover mimetismos confusionales de la identidad femenina y masculina. Se ha dicho, a partir del resultado de investigaciones⁽¹⁰⁾, que las personas andróginas son menos propensas a las enfermedades mentales y más capaces de hacer frente a los problemas matrimoniales que las que se ajustan rígidamente a los estereotipos.

Se plantea también que los hombres sexualmente muy tipificados también tienden a ser menos inteligentes y creativos.

Sin embargo, habrá que superar fuertes resistencias de los hombres a una alternativa andrógina, pues pone en juego no su «hombría biológica», su «sexo», sino

su noción de masculinidad histórica y socialmente construida e incorporada individualmente.

¿Qué podemos hacer los psicólogos?

En mi experiencia profesional con parejas y familias, he podido detectar muchos hombres «sensibilizados» o «afectados» por la inevitable crisis de identidad masculina de estos tiempos, ya que padecen una crisis entre el modelo genérico y sus propias posibilidades.

Algunos varones toleran la ayuda, conmovidos por circunstancias externas (crisis familiares, laborales o de salud) y más o menos forzados por personas de su ambiente (esposa, médico, jefe).

Hay otros, que sin solicitar asistencia entran en crisis, o están sensibles en relación a su masculinidad, en general, luego de un fracaso, una ruptura amorosa o una amistad íntima con otro hombre. En ellos el sometimiento rígido y acríptico al ideal genérico está en la base de mucho de sus malestares.

El no cumplimiento de las exigencias de dicho ideal los lleva habitualmente a intentar «más de lo mismo», procurar cumplir «mejor» el modelo, en lugar de poder cuestionarlo.

Uno de los instrumentos de prevención que en mi experiencia puede contribuir a procesar enriquecedoramente y evitar el congelamiento o patologización de dicha crisis de identidad, en el llamado grupo de reflexión⁽¹¹⁾ de varones, que utiliza la misma metodología de otros grupos de reflexión aunque con sus temas y especificidades diferentes, provenientes de la diferencia genérica.

También los grupos mixtos son muy provechosos para la reflexión del rol de hombre. Su aplicación en varones es bastante reciente y presenta lagunas, dificultades dado que, según la normativa de género, cualquier técnica de ayuda que implique la reflexión, la emocionalidad y no maneje la acción, es vista como

Los hombres dan muestras a su vez de virtudes antes exclusivamente femeninas: ternura, abnegación y amor por los niños. Se observan muchos padres jóvenes que se ocupan de su bebé reflejado en la adopción de gestos, preocupaciones, sentimientos que antes se consideraban naturalmente femeninos

«antimasculina» y por tanto «femenina».

Pese a dichas dificultades, en mis grupos de trabajo (con padres principalmente) luego de una resistencia inicial, los hombres se muestran cooperativos y dispuestos a reflexionar.

Los grupos de reflexión de varones comenzaron a realizarse en la década pasada en los Estados Unidos con una modalidad operativa alimentada por las concepciones de los grupos de autogestión y de los grupos operativos. Los primeros brindan un espacio de padres preocupados por temas concretos, para concientizarlos y desarrollarse en su potencialidad.

Los segundos (grupos operativos) tienen la finalidad de movilizar estructuras estereotipadas a través de una temática determinada, en este caso sería la problemática masculina.⁽¹²⁾

Estos grupos intentan abrir un espacio para que los hombres puedan dedicar un tiempo para pensar sobre su condición masculina y compartir sus dificultades y vivencias con otros hombres.

Entre los objetivos del análisis y reflexión del rol del hombre hemos tenido

Los grupos operativos intentan abrir un espacio para que los hombres puedan dedicar un tiempo para pensar sobre su condición masculina y compartir sus dificultades y vivencias con otros hombres

en cuenta para trabajar en grupo las siguientes:

— LA REFLEXIÓN SOBRE CREENCIAS, PAUTAS Y ACTITUDES RELATIVAS A LA MASCULINIDAD, LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DEL «SER VARÓN» Y LA RELACIÓN ENTRE LOS MALESTARES Y LAS NORMAS GENÉRICAS.

— LA MOVILIZACIÓN DE ESTEREOTIPOS, «DESCLANDESTINIZANDO» VIVENCIAS, RECONOCIENDO EL LUGAR DE LA SALUD VERSUS EL PRESTIGIO, E INCLUYENDO LO OMITIDO POR LA «NATURALIZACIÓN» DE LO GENÉRICO.

Estos objetivos permiten aumentar la sensibilidad y el potencial emotivo de los hombres y disminuir las conductas de riesgo y tipificadas de manera sexista.

En estos grupos puede intervenir cualquier varón cuyas características sean compatibles con un funcionamiento grupal.

Se convierten en obstáculos aquellos hombres con una adhesión y defensa

incondicional de los estereotipos sexistas, ya que inhiben la participación de los demás.

De hecho los varones que están padeciendo de una crisis vital son los que más aprovechan este recurso. Ellos son los que, por otra parte, se acercan a estas experiencias.

Aún en Cuba este no es un recurso muy utilizado por los psicólogos.

Sin embargo, mi limitada experiencia con grupos de reflexión de varones, me permite rescatar la importancia y emergencia de trabajar estos temas aunque sea con grupos de duración limitada, en instituciones sociales como talleres de una sola jornada u otras técnicas de abordaje.

Mi experiencia me ha mostrado que los mejores resultados se obtienen cuando el abordaje se hace desde los modos masculinos de conducirse y desde allí ir incluyendo lo negado y omitido.

Para ello es necesario reducir el número de sesiones, hacer caldeos desde la acción corporal y una reflexión desde hechos muy concretos.

El coordinador debe crear un clima de seguridad psicológica donde los hombres puedan reducir su temor a la confidencia, el descontrol y a los otros hombres.

Los temas más frecuentemente trabajados han sido sexualidad, paternidad, estrés y trabajo, violencia, homofobia o temor a la homosexualidad, miedo a la dependencia, el descontrol, la vulnerabilidad, el fracaso, el abandono y la soledad, resentimiento por la «nueva mujer», la pareja, la salud y el poder.

Algunos han sido llevados por el coordinador, otros han surgido producto de la reflexión grupal.

La experiencia más importante que he tenido de estas reflexiones como profesional ha sido constatar la existencia de hombres «acorazados», «sobreexigidos», sin recursos creativos frente a los cambios impotenciados por los avances de la mujer, que no saben expresar emociones como el miedo y el dolor,

ausentes del ámbito doméstico e hiperpresentes en el ámbito público, que han logrado encontrar un espacio de contención y comprensión social, en los que se han gestado alternativas de crecimiento que sienten las bases para un hombre más liberado, dueño de sí mismo y con más recursos ante la vida.

Para trabajar con la problemática del hombre contemporáneo, el profesional debe conocer y tener presente la determinación del factor género, estando alerta siempre a sus múltiples «naturalizaciones». Además debe haber clarificado y revisado desde la perspectiva genérica sus propios valores sobre masculinidad y feminidad.

Evidentemente la identidad genérica se torna hoy día una problemática de primer orden; negarla es darle la espalda a la historia, asumirla es un reto●

Foto: Archivo Revista MUJERES

Bibliografía

1. PITTMAN, E.: «*The masculine mystique*». Networker. May/June, 1990.
2. KAUFMAN, M.: «*Hombres, placer, poder y cambio*». Ediciones Populares Feministas. Colección Teoría, 1990.
3. ARES, P.: «*Mi familia es así*». Editorial Ciencias Sociales, 1990.
4. ARES, P.: «*Propuesta de un diseño teórico-metodológico para la intervención familiar en salud comunitaria*». Artículo incluido en el libro «Hogar, dulce hogar...¿mito o realidad?». (Pendiente de publicación).
5. LESLIE, E.: «*Las raíces de la virilidad*». Editorial Noguer, 1987, pág. 84.
6. LEVANT, J.: «*Men without models*». Networker, 1992.
7. BONINO, L.: «*Grupos de reflexión de varones*», «*Modelos grupales en Psicoterapia: Aspectos técnicos y teóricos*». Edita Sociedad Española para el desarrollo del Grupo, el Psicoanálisis y la Psicoterapia, 1990, pág. 184.
8. FERRO, N.: «*El instinto maternal o la necesidad de un mito*». Editorial Siglo Veinte, España, Editores S.A., 1991, pág. 14.
9. ARES, P.: «*Género, pareja y familia. ¿Consección de una identidad cultural o creación de nuevos valores?*». Artículo incluido en el libro «Hogar, dulce hogar...¿mito y realidad?». (Pendiente de publicación).
10. NICHOLSON, J.: «*Hombres y mujeres. ¿Hasta que punto son diferentes?*». Editorial Ariel, Psicología, 1987, pág. 100.
11. BONINO, L.: «*Grupos de reflexión de varones*», «*Modelos grupales en Psicoterapia: Aspectos técnicos y teóricos*». Edita Sociedad Española para el desarrollo del Grupo, el Psicoanálisis y la Psicoterapia, 1990, pág. 184.
12. RIVIERE, P.: «*El proceso grupal*». Editorial Paidós, 1977.